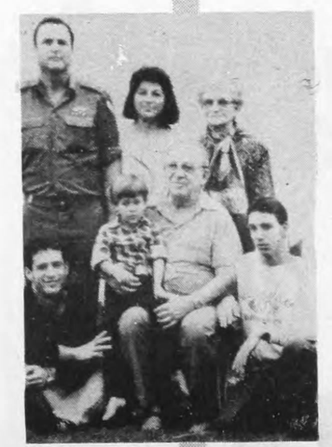
ISRAELIES Y PALESTINOS

HISTORIA DE DOS FAMILIAS

Los retratos de las dos familias que ilustran la portada de este suplemento —los Zorea, israelíes, y los Abdulfattah, palestinos— representan los polos de un conflicto que, a pesar de haber calado a través del tiempo y las generaciones, generalmente termina siendo debatido en base a *clichés* de propaganda. Según el escritor judío Marek Halter (sobreviviente de los campos de exterminio nazis) eso ocurre porque "ningún otro conflicto tiene, como éste, su punto de partida en la negación total del adversario". Joaquín Sokolowicz, autor del libro "Israele e causa palestinense" —que **Página/12** presenta en calidad de adelanto— señala que la negación total del adversario no es el único motivo, sino que "también influyó la coincidencia con los años de la afirmación del tercermundismo (...) un tercermundismo a menudo maniqueo".





HIS
DE DOS

ANTES Y DESPUES DE 1967

Por Joaquín Sokolowicz

El país es pobre, sus condiciones de vida son difíciles, los alimentos son escasos. Se estimula el ingenio y se produce con un ritmo vigoroso. Se hace fluir el agua donde nunca había habido una sola gota, espacios del desierto son ganados para los cultivos, se inventa un mecanismo para regar un radio de terreno más amplio, hasta se duplica la producción de huevos mediante una frecuencia de iluminaciones eléctricas que abrevia las noches de las gallinas. Se estudia, se desarrolla la investigación científica, se abren caminos y fundan ciudades; todo proyecto aprobado se realiza rápidamente. Es una nación en mangas de camisa, arremangadas, que de todos modos conjuga el empeño con los placeres de la libertad: en las colonias agrícolas se escucha música luego de la jornada de trabajo mientras hay quienes montan guardia, grupos de adolescentes recorren cantando las calles de la ciudad, chicas y muchachos bailan, practican deportes, se aman. Los israelíes leen como pocos otros pueblos. Es una sociedad dinámica, curiosa, laica, abierta. La economía es mixta; existe la libre empresa y al mismo tiempo proliferan las colonias con diferentes niveles de colectivismo, asistidas por el Estado.

(...) Muy pronto el concepto *kibutz galuiot* (reunión de las diásporas) se convierte en *mizug galuiot* (fusión de las diásporas). Sobrevivientes de los *lager* europeos renacen a la vida, judíos yemeníes que vivían hacinados en habitaciones malsanas se encuentran por vez primera en casas luminosas, ex vendedores ambulantes rumanos aprenden profesiones, argentinos acostumbrados a una cómoda vida burguesa en Buenos Aires se encargan de un naranjal o manejan un ómnibus. Una sola sociedad. Cada judío apenas inmigrado obtiene la ciudadanía, de acuerdo con la Ley del Retorno. El que llega aprende en pocos meses el hebreo en el *ulpán*, el alojamiento-escuela desde el que predispone su vida futura; conoce enseguida la cocina hecha de tantas influencias diaspóricas e inclusive de gustosas comidas como el *humus* y el *falafel*, que también son signos de regreso después de siglos al Medio Oriente en el ínterin arabizado. Desaparecen las históricas distinciones en el judaísmo entre ashkenazitas, sefarditas e italianos. Crece la generación de los nacidos en el país, los así llamados *sabra* (característico higo chumbo local), una generación alegre, hermosa, fuerte, hábil en toda actividad física, cuya imagen —en una palabra— es el revés de la típica figura de la diáspora.

•••••

Garantizar la seguridad mientras la vida prosigue. Es ésta la consigna, siempre. La sensación del asedio es una costumbre y no impide las actividades diarias. Cada ciudadano sabe dónde debería refugiarse si sonara la alarma por la inminencia de un bombardeo; los edificios altos disponen por lo menos de un ascensor suficientemente amplio como para contener una camilla. Son precauciones mínimas, que nadie pone en discusión. No existen alternativas, lamentablemente: las invitaciones dirigidas con regularidad a los países vecinos quedan siempre sin respuesta y tampoco sirven para nada las repetidas denuncias formuladas ante las Naciones Unidas. Las localidades cercanas a las fronteras son las más expuestas al riesgo de las incursiones de comandos que, por lo general, llegan durante la noche armados de cuchillos. Las distancias son cortas —"Todo es tan pequeño que a veces sufrimos de claustrofobia", escribe Ezer Weizman— y en muchas zonas se ven los puestos militares enemigos, que están apenas a unos metros. Sucede alguna vez que los soldados sirios de guardia en el monte que flanquea el lago Tiberíades se divierten disparando hacia los bañistas. En Jerusalén aparecen expuestas entre las calles, además de la ropa tendida en los patios de las casas árabes cuyas paredes dividen artificialmente la ciudad, bocas de fusiles que se asoman amenazantes. Cada israelí sabe que si los árabes pierden una guerra podrán preparar otra para tomarse la revancha pero que a Israel le está prohibida toda derrota porque sería la última, el fin del Estado.

•••••

El viejo Ben Gurión, que vive ya al margen de la política en un kibutz al que se fue a transcurrir los últimos años de su vida, pocos días después de la guerra del '67, sostiene en una entrevista radial que se deben abandonar los territorios ocupados cuanto antes porque podrían resultar todo lo contrario que una garantía de paz. Desde el gobierno se considera útil precisar que se trata de una situación transitoria: "...Es irrealista pensar que las actuales fronteras se puedan mantener por mucho tiempo" (Moshé Dayan, ministro de Defensa). De cualquier manera, no hay apuro para tomar decisiones: ¿No es acaso a los árabes que les corresponde dar el primer paso? Todos los israelíes están convencidos de que ahora tienen en sus manos una carta determinante para inducir a los enemigos a deponer las armas de una vez por todas. "Y si todavía van a querer la guerra, quiere decir que ésta la vamos a combatir fuera de nuestras fronteras", empiezan a decir algunos con tono seguro. La confianza en los dirigentes nacionales es inquebrantable, como siempre, y ahora —lo más importante— es posible razonar con calma sobre lo que conviene hacer. Se respira, finalmente. Y se goza de la magia de la Jerusalén liberada, con el Muro de los Lamentos y con el *suk* (mercado árabe) en el laberinto de las antiguas callejuelas, la ciudad entera con la belleza indescriptible de los crepúsculos sobre sus colinas y la brisa que llega desde el mar Muerto cuando sopla el viento Kunis.

•••••

El sentimiento nacionalista se transforma poco a poco en una ola que arrastra consigo "inclusive a individuos que antes manifestaban opiniones moderadas", mientras los gobernantes de Jerusalén permanecen "de brazos cruzados esperando la llamada telefónica" que suponen habrá de llegar tarde o temprano desde alguna capital árabe para solicitar la abertura de negociaciones —señala Ezer Weizman en *La batalla por la paz*.

•••••

La visita de Sadat suscita el entusiasmo unánime de los israelíes pero, al mismo tiempo, exaspera los contrastes internos. Mientras un sector de la población indica en ella la prueba de que es posible establecer acuerdos con los gobiernos árabes, los expansionistas se alarman por la eventualidad de perder territorios precisamente si se abren procesos de paz, por lo que intensifican sus esfuerzos para bloquear tal perspectiva. El general Ariel Sharon, que encabeza un pequeño grupo extremista (más tarde confluirá en el partido de Begin), organiza la frenética construcción de asentamientos judíos en los territorios ocupados justamente en los días durante los cuales el primer ministro está abocado a las negociaciones con el presidente egipcio; de tal manera se propone colocar en la mesa de la confrontación diplomática nuevos hechos consumados. En aquellos territorios (los de Cisjordania volvieron a ser llamados por el gobierno con los nombres que tenían varios milenios atrás como provincias del antiguo reino de Israel, Judea y Samaria), según el tratado que finalmente se establece con Egipto, debería regir la autonomía administrativa por cinco años durante los cuales se negociaría el "status" definitivo. Begin declara en Israel que para después de ese quinquenio reclamará la definitiva anexión al Estado judío; al presentar su informe a la *Knéset* no habla de "pueblo palestino", tal como figura en el documento, sino de "árabes de Eretz Israel". El jefe



"Los israelíes hemos terminado siendo víctimas de nuestra propia propaganda."

HISTORIA DE DOS FAMILIAS

ISRAELIES

ANTES Y DESPUES DE 1967

Por Joaquín Sokolowicz

El país es pobre, sus condiciones de vida son difíciles, los alimentos son escasos. Se estimula el ingenio y se produce con un ritmo vigoroso. Se hace fluir el agua donde nunca había habido una sola gota, espacios del desierto son ganados para los cultivos, se inventa un mecanismo para regar un radio de terreno más amplio, hasta se duplica la producción de huevos mediante una frecuencia de iluminaciones eléctricas que abrevia las noches de las gallinas. Se estudia, se desarrolla la investigación científica, se abren caminos y fundan ciudades; todo proyecto aprobado se realiza rápidamente. Es una nación en mangas de camisa, arremangadas, que de todos modos conjuga el empeño con los placeres de la libertad: en las colonias agrícolas se escucha música luego de la jornada de trabajo mientras hay quienes montan guardia, grupos de adolescentes recorren cantando las calles de la ciudad, chicas y muchachos bailan, practican deportes, se aman. Los israelíes leen como pocos otros pueblos. Es una sociedad dinámica, curiosa, laica, abierta. La economía es mixta; existe la libre empresa y al mismo tiempo proliferan las colonias con diferentes niveles de colectivismo, asistidas por el Estado.

(...) Muy pronto el concepto *kibutz galuiot* (reunión de las diásporas) se convierte en *mizug galuiot* (fusión de las diásporas). Sobrevivientes de los *lager* europeos renacen a la vida, judíos yemeníes que vivían hacinados en habitaciones malsanas se encuentran por vez primera en casas luminosas, ex vendedores ambulantes rumanos aprenden profesiones, argentinos acostumbrados a una cómoda vida burguesa en Buenos Aires se encargan de un naranjal o manejan un ómnibus. Una sola sociedad. Cada judío apenas inmigrado obtiene la ciudadanía, de acuerdo con la Ley del Retorno. El que llega aprende en pocos meses el hebreo en el *ulpán*, el alojamiento-escuela desde el que predispone su vida futura; conoce enseguida la cocina hecha de tantas influencias diaspóricas e inclusive de gustosas comidas como el *humus* y el *falafel*, que también son signos de regreso después de siglos al Medio Oriente en el ínterin arabizado. Desaparecen las históricas distinciones en el judaísmo entre ashkenazitas, sefarditas e italianos. Crece la generación de los nacidos en el país, los así llamados *sabra* (característico higo chumbo local), una generación alegre, hermosa, fuerte, hábil en toda actividad física, cuya imagen —en una palabra— es el revés de la típica figura de la diáspora.

•••••

Garantizar la seguridad mientras la vida prosigue. Es ésta la consigna, siempre. La sensación del asedio es una costumbre y no impide las actividades diarias. Cada ciudadano sabe dónde debería refugiarse si sonara la alarma por la inminencia de un bombardeo; los edificios altos disponen por lo menos de un ascensor suficientemente amplio como para contener una camilla. Son precauciones mínimas, que nadie pone en discusión. No existen alternativas, lamentablemente: las invitaciones dirigidas con regularidad a los países vecinos quedan siempre sin respuesta y tampoco sirven para nada las repetidas denuncias formuladas ante las Naciones Unidas. Las localidades cercanas a las fronteras son las más expuestas al riesgo de las incursiones de comandos que, por lo general, llegan durante la noche armados de cuchillos. Las distancias son cortas —"Todo es tan pequeño que a veces sufrimos de claustrofobia", escribe Ezer Weizman— y en muchas zonas se ven los puestos militares enemigos, que están apenas a unos metros. Sucede alguna vez que los soldados sirios de guardia en el monte que flanquea el lago Tiberíades se divierten disparando hacia los bañistas. En Jerusalén aparecen expuestas entre las calles, además de la ropa tendida en los patios de las casas árabes cuyas paredes dividen artificialmente la ciudad, bocas de fusiles que se asoman amenazantes. Cada israelí sabe que si los árabes pierden una guerra podrán preparar otra para tomarse la revancha pero que a Israel le está prohibida toda derrota porque sería la última, el fin del Estado.

•••••

El viejo Ben Gurión, que vive ya al margen de la política en un kibutz al que se fue a transcurrir los últimos años de su vida, pocos días después de la guerra del '67, sostiene en una entrevista radial que se deben abandonar los territorios ocupados cuanto antes porque podrían resultar todo lo contrario que una garantía de paz. Desde el gobierno se considera útil precisar que se trata de una situación transitoria: "...Es irrealista pensar que las actuales fronteras se puedan mantener por mucho tiempo" (Moshé Dayan, ministro de Defensa). De cualquier manera, no hay apuro para tomar decisiones: ¿No es acaso a los árabes que les corresponde dar el primer paso? Todos los israelíes están convencidos de que ahora tienen en sus manos una carta determinante para inducir a los enemigos a deponer las armas de una vez por todas. "Y si todavía van a querer la guerra, quiere decir que ésta la vamos a combatir fuera de nuestras fronteras", empiezan a decir algunos con tono seguro. La confianza en los dirigentes nacionales es inquebrantable, como siempre, y ahora —lo más importante— es posible razonar con calma sobre lo que conviene hacer. Se respira, finalmente. Y se goza de la magia de la Jerusalén liberada, con el Muro de los Lamentos y con el *suk* (mercado árabe) en el laberinto de las antiguas callejuelas, la ciudad entera con la belleza indescriptible de los crepúsculos sobre sus colinas y la brisa que llega desde el mar Muerto cuando sopla el viento Kunis.

•••••

El sentimiento nacionalista se transforma poco a poco en una ola que arrastra consigo "inclusive a individuos que antes manifestaban opiniones moderadas", mientras los gobernantes de Jerusalén permanecen "de brazos cruzados esperando la llamada telefónica" que suponen habrá de llegar tarde o temprano desde alguna capital árabe para solicitar la abertura de negociaciones —señala Ezer Weizman en *La batalla por la paz*.

•••••

La visita de Sadat suscita el entusiasmo unánime de los israelíes pero, al mismo tiempo, exaspera los contrastes internos. Mientras un sector de la población indica en ella la prueba de que es posible establecer acuerdos con los gobiernos árabes, los expansionistas se alarman por la eventualidad de perder territorios precisamente si se abren procesos de paz, por lo que intensifican sus esfuerzos para bloquear tal perspectiva. El general Ariel Sharon, que encabeza un pequeño grupo extremista (más tarde confluirá en el partido de Begin), organiza la frenética construcción de asentamientos judíos en los territorios ocupados justamente en los días durante los cuales el primer ministro está abocado a las negociaciones con el presidente egipcio; de tal manera se propone colocar en la mesa de la confrontación diplomática nuevos hechos consumados. En aquellos territorios (los de Cisjordania volvieron a ser llamados por el gobierno con los nombres que tenían varios milenios atrás como provincias del antiguo reino de Israel, Judea y Samaria), según el tratado que finalmente se establece con Egipto, debería regir la autonomía administrativa por cinco años durante los cuales se negociaría el "status" definitivo. Begin declara en Israel que para después de ese quinquenio reclamará la definitiva anexión al Estado judío; al presentar su informe a la *Knéset* no habla de "pueblo palestino", tal como figura en el documento, sino de "árabes de Eretz Israel". El jefe

"Los israelíes hemos terminado siendo víctimas de nuestra propia propaganda."

PALESTINOS

NACIDOS BAJO LA OCUPACION

Por J. S.

El momento en que el sionismo alcanza su objetivo prioritario representa un punto de partida para las aspiraciones nacionales de los árabes palestinos. Si bien hacía rato que se había ido generando un sentimiento de identidad nacional a través de las reacciones provocadas por la amenazante perspectiva de extinción de la Palestina árabe, es a partir de 1948 que se impone la necesidad de delinear aspiraciones nunca precisadas antes. Paradójicamente, les resultó más fácil a los judíos dispersos a través del mundo definir la meta de su lucha de liberación que establecer la suya a los árabes habitantes de la tierra común a los respectivos ideales. Al nacer el Estado de Israel empieza a desarrollarse una específica conciencia palestina entre quienes, en el pasado, sabían solamente que formaban parte de la gran familia de los pueblos "hermanos" circundantes.

Al mundo árabe bajo el dominio turcomano no habían llegado las doctrinas occidentales de igualdad y justicia. Entre los 650.000 árabes de Palestina —aplastante mayoría de la población— no existían movimientos nacionalistas. Todos ellos se consideraban sirios. Sus líderes se negaron a constituir el Consejo Legislativo previsto por el acuerdo franco-británico de repartición imperial del Medio Oriente: rechazaban toda idea de autonomía respecto del mundo árabe, por lo demás prescripta en este caso por un nuevo poder colonialista.

•••••

En los primeros tiempos de la masiva inmigración judía, los árabes palestinos que estaban en contacto con los nuevos colonos no asignaron una particular importancia a esos personajes que se les aparecían pintorescos, con un aspecto diferente al de los judíos que vivían desde siempre en el país, personajes que asaban sus pálidos rostros trabajando denodadamente bajo el sol mediorienal. Muchos tenían cabellos rubios o rojizos, más de uno llevaba anteojos; resultaban cómicos cuando trataban de hacerse entender pronunciando mal alguna frase en árabe. Sin embargo, se fue ampliando progresivamente la oposición a los asentamientos judíos, promovida por algunas influyentes familias palestinas desde que el ministro inglés Balfour delineó en un documento oficial la posibilidad de que se creara en esta tierra un Estado judío. Y tal oposición se hizo dominante en la comunidad árabe tras la entrada de los franceses a Damasco, donde barrieron con la monarquía de Feisal. Ante este duro golpe asestado a las aspiraciones árabes de independencia en el área, los jefes de la población palestina proclamaron una doble consigna: liberar la Gran Siria y oponer una resistencia sin cuartel a la inmigración judía.

Habrá sido incluso por la ola de violentas demostraciones antijudías estalladas a comienzos de la década del '20 que Londres decidió ceder la parte más extensa del territorio palestino, la superficie situada al este del río Jordán, a una dinastía árabe, la familia Hashemita. La protesta se transfería en algunos casos al terreno específicamente político: en 1926, de la central sionista de sindicatos, *Histadrut* (federación), se separó un sector de los afiliados árabes para constituir la Sociedad de Obreros Arabes Palestinos. Pero era sobre todo a través de los asaltos con arma blanca a asentamientos judíos que se desahogaba el impulso defensivo de la población árabe frente al continuo crecimiento de una comunidad que hasta alguna década antes había sido una minoría no influyente. En el '36 estalló una revuelta propiamente dicha, coordinada por el Alto Comité Arabe que agrupaba a personalidades comunitarias palestinas y dignatarios musulmanes locales: una huelga general, que duró 6 meses, mientras se sucedían acciones violentas contra diferentes objetivos judíos. En esa misma época se venían desarrollando manifestaciones antibritánicas en Egipto y en Irak.

•••••

A fines de noviembre de 1947, la partición de Palestina decidida por las Naciones Unidas es rechazada por todo el mundo árabe. Es fundada la "entidad sionista". De los palestinos, protestan los que están fuera del territorio judío-israelí; los otros, los desventurados que se encuentran dentro de dicho perímetro, están en su mayor parte empeñados en la fuga. Se hallan sometidos —comunica la UNRWA, la organización de la ONU encargada de los refugiados del recién nacido Israel— al constante bombardeo de llamamientos trasmitidos "por las radios de los diferentes países árabes y de exhortaciones del Gran Mufti de Jerusalén". Para que huyan, si no quieren ser considerados traidores, hasta que los ejércitos hermanos liberen su tierra. No tienen a nadie para consultar, ya que casi todos los jefes de la comunidad emigraron en los últimos meses probablemente en espera de que un próximo vuelco de la situación les permita retornar. Pasan entonces a territorios bajo jurisdicción árabe.

La mayor parte termina su peregrinaje en campamentos o escuálidas periferias urbanas o míseras localidades rurales: campos de refugiados. Dentro de muchos años, los habitantes de estos campos seguirán viviendo en las mismas condiciones dramáticas que entonces se les indicó como transitorias.

Al Fatah sigue fortaleciéndose y lanza su actividad armada; los ataques contra Israel representan una credencial de autoridad a los ojos de las poblaciones palestinas, en las que está enraizada profundamente la aspiración a destruir al enemigo. "¿Qué otra cosa puede esperarse, en el siglo XX, si no un rechazo obstinado y total por parte de un pueblo que ve a otro instalarse en su tierra, proclamando que de ella hará su patria y que la va a construir según sus propias exigencias y aspiraciones, obligando a los 'indígenas' a adaptarse o irse?" (Maxime Rodinson, islamista francés, judío).

Son los regímenes árabes los que de todos modos se preparan, en la primavera de 1967, a echar a los israelíes de una vez por todas. Nasser, especialmente. "Dios nos ayudará a restablecer la situación precedente a 1948", proclama solemnemente el presidente egipcio. "El objetivo esencial es borrar del mapa a Israel", declara a su vez el jefe del Estado iraquí, Aref. "Siria lanzó la guerra y no se detendrá hasta que no haya exterminado completamente a los sionistas que viven bajo el sol de los árabes", asegura Radio Damasco.

Es tremenda la decepción de los palestinos, tras las derrota de las fuerzas armadas árabes en el término de unos pocos días. Ahora están ocupadas por Israel las tierras que se hallaban en poder de Jordania y de Egipto, además de la península de Sinaí y las alturas meridionales sirias. Los palestinos se sienten más solos que nunca. Se encuentran frente al enemigo, cara a cara, por primera vez sin intermediarios árabes. A este punto, ya sin duda alguna, el conflicto árabe-israelí es un conflicto israelí-palestino.

•••••

(...) En la población palestina de los territorios ocupados, además de las demostraciones de protesta que llevan a cabo los hombres con el rostro cubierto por la *keffia* albinegra o grupos de mujeres batalladoras contra todo acto de las autoridades que consideran un arbitrio, se discute intensamente sobre las perspectivas políticas. Algunos sostienen que un país soberano limitado solamente a estos territorios estaría condenado a la dependencia económica de los vecinos, mientras que otros indican en el sentido opuesto las tranquilizadoras conclusiones de estudios llevados a cabo junto con expertos del partido socialista israelí Mapam, con el que los hombres de Arafat estrecharon relaciones últimamente. Sari Nusseibeh, profe-





La Intifada "está forjando una nación que ha transformado la vieja inercia".

PALESTINOS

NACIDOS BAJO LA OCUPACION

Por J. S.

El momento en que el sionismo alcanza su objetivo prioritario representa un punto de partida para las aspiraciones nacionales de los árabes palestinos. Si bien hacía rato que se había ido generando un sentimiento de identidad nacional a través de las reacciones provocadas por la amenazante perspectiva de extinción de la Palestina árabe, es a partir de 1948 que se impone la necesidad de delinear aspiraciones nunca precisadas antes. Paradójicamente, les resultó más fácil a los judíos dispersos a través del mundo definir la meta de su lucha de liberación que establecer la suya a los árabes habitantes de la tierra común a los respectivos ideales. Al nacer el Estado de Israel empieza a desarrollarse una específica conciencia palestina entre quienes, en el pasado, sabían solamente que formaban parte de la gran familia de los pueblos "hermanos" circundantes.

Al mundo árabe bajo el dominio turcomano no habían llegado las doctrinas occidentales de igualdad y justicia. Entre los 650.000 árabes de Palestina —aplastante mayoría de la población— no existían movimientos nacionalistas. Todos ellos se consideraban sirios. Sus líderes se negaron a constituir el Consejo Legislativo previsto por el acuerdo franco-británico de repartición imperial del Medio Oriente: rechazaban toda idea de autonomía respecto del mundo árabe, por lo demás prescripta en este caso por un nuevo poder colonialista.

•••••

En los primeros tiempos de la masiva inmigración judía, los árabes palestinos que estaban en contacto con los nuevos colonos no asignaron una particular importancia a esos personajes que se les aparecían pintorescos, con un aspecto diferente al de los judíos que vivían desde siempre en el país, personajes que asaban sus pálidos rostros trabajando denodadamente bajo el sol mediorienta l. Muchos tenían cabellos rubios o rojizos, más de uno llevaba anteojos; resultaban cómicos cuando trataban de hacerse entender pronunciando mal alguna frase en árabe. Sin embargo, se fue ampliando progresivamente la oposición a los asentamientos judíos, promovida por algunas influyentes familias palestinas desde que el ministro inglés Balfour delineó en un documento oficial la posibilidad de que se creara en esta tierra un Estado judío. Y tal oposición se hizo dominante en la comunidad árabe tras la entrada de los franceses a Damasco, donde barrieron con la monarquía de Feisal. Ante este duro golpe asestado a las aspiraciones árabes de independencia en el área, los jefes de la población palestina proclamaron una doble consigna: liberar la Gran Siria y oponer una resistencia sin cuartel a la inmigración judía.

Habrá sido incluso por la ola de violentas demostraciones antijudías estalladas a comienzos de la década del '20 que Londres decidió ceder la parte más extensa del territorio palestino, la superficie situada al este del río Jordán, a una dinastía árabe, la familia Hashemita. La protesta se transfería en algunos casos al terreno específicamente político: en 1926, de la central sionista de sindicatos, *Histadrut* (federación), se separó un sector de los afiliados árabes para constituir la Sociedad de Obreros Arabes Palestinos. Pero era sobre todo a través de los asaltos con arma blanca a asentamientos judíos que se desahogaba el impulso defensivo de la población árabe frente al continuo crecimiento de una comunidad que hasta alguna década antes había sido una minoría no influyente. En el '36 estalló una revuelta propiamente dicha, coordinada por el Alto Comité Arabe que agrupaba a personalidades comunitarias palestinas y dignatarios musulmanes locales: una huelga general, que duró 6 meses, mientras se sucedían acciones violentas contra diferentes objetivos judíos. En esa misma época se venían desarrollando manifestaciones antibritánicas en Egipto y en Irak.

•••••

A fines de noviembre de 1947, la partición de Palestina decidida por las Naciones Unidas es rechazada por todo el mundo árabe. Es fundada la "entidad sionista". De los palestinos, protestan los que están fuera del territorio judío-israelí; los otros, los desventurados que se encuentran dentro de dicho perímetro, están en su mayor parte empeñados en la fuga. Se hallan sometidos —comunica la UNRWA, la organización de la ONU encargada de los refugiados del recién nacido Israel— al constante bombardeo de llamamientos trasmitidos "por las radios de los diferentes países árabes y de exhortaciones del Gran Muftí de Jerusalén". Para que huyan, si no quieren ser considerados traidores, hasta que los ejércitos hermanos liberen su tierra. No tienen a nadie para consultar, ya que casi todos los jefes de la comunidad emigraron en los últimos meses probablemente en espera de que un próximo vuelco de la situación les permita retornar. Pasan entonces a territorios bajo jurisdicción árabe.

La mayor parte termina su peregrinaje en campamentos o escuálidas periferias urbanas o miseras localidades rurales: campos de refugiados. Dentro de muchos años, los habitantes de estos campos seguirán viviendo en las mismas condiciones dramáticas que entonces se les indicó como transitorias.

Al Fatah sigue fortaleciéndose y lanza su actividad armada; los ataques contra Israel representan una credencial de autoridad a los ojos de las poblaciones palestinas, en las que está enraizada profundamente la aspiración a destruir al enemigo. "¿Qué otra cosa puede esperarse, en el siglo XX, si no un rechazo obstinado y total por parte de un pueblo que ve a otro instalarse en su tierra, proclamando que de ella hará su patria y que la va a construir según sus propias exigencias y aspiraciones, obligando a los 'indígenas' a adaptarse o irse?" (Maxime Rodinson, islamista francés, judío).

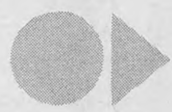
Son los regímenes árabes los que de todos modos se preparan, en la primavera de 1967, a echar a los israelíes de una vez por todas. Nasser, especialmente. "Dios nos ayudará a restablecer la situación precedente a 1948", proclama solemnemente el presidente egipcio. "El objetivo esencial es borrar del mapa a Israel", declara a su vez el jefe del Estado iraquí, Aref. "Siria lanzó la guerra y no se detendrá hasta que no haya exterminado completamente a los sionistas que viven bajo el sol de los árabes", asegura Radio Damasco.

Es tremenda la decepción de los palestinos, tras las derrota de las fuerzas armadas árabes en el término de unos pocos días. Ahora están ocupadas por Israel las tierras que se hallaban en poder de Jordania y de Egipto, además de la península de Sinai y las alturas meridionales sirias. Los palestinos se sienten más solos que nunca. Se encuentran frente al enemigo, cara a cara, por primera vez sin intermediarios árabes. A este punto, ya sin duda alguna, el conflicto árabe-israelí es un conflicto israelí-palestino.

•••••

(...) En la población palestina de los territorios ocupados, además de las demostraciones de protesta que llevan a cabo los hombres con el rostro cubierto por la *keffia* albinegra o grupos de mujeres batalladoras contra todo acto de las autoridades que consideran un arbitrio, se discute intensamente sobre las perspectivas políticas. Algunos sostienen que un país soberano limitado solamente a estos territorios estaría condenado a la dependencia económica de los vecinos, mientras que otros indican en el sentido opuesto las tranquilizadoras conclusiones de estudios llevados a cabo junto con expertos del partido socialista israelí Mapam, con el que los hombres de Arafat estrecharon relaciones últimamente. Sari Nusseibeh, profe-







La Intifada "está forjando una nación que ha transformado la vieja inercia".

ANTES Y DESPUES DE 1967

HISTORIA DE DOS FAMILIAS

NACIDOS BAJO LA OCUPACION

del gobierno, siendo objeto de críticas de parte de extremistas dentro y fuera de su partido por haber suscripto el compromiso de restituir la península de Sinai, decide anexar las alturas de Golan; esta decisión, en verdad, no halla ninguna de las justificaciones históricas de esas que invocan los expansionistas respecto de Cisjordania y Gaza.

Externamente al poder pero con vínculos e influencias en su seno, el pequeño partido Tejia (renacimiento) presiona continuamente en el sentido de la extensión territorial del país, mientras el grupo Gush Emunim (bloque de la fe) se especializa en la creación de asentamientos judíos en los territorios ocupados, para lo que cuenta con la asistencia estatal. A comienzos de la década del 80, en esos conjuntos de construcciones residen en total 50.000 personas; los hombres, en su mayor parte, son "pendulares" que diariamente, al terminar la jornada de trabajo en territorio israelí, vuelven a sus casas compradas por los demás organismos encargados por el gobierno a precios y con facilidades excepcionales. En el centro de Hevron, una localidad con población mayoritaria árabe desde hace siglos, algunas familias de religiosos fanáticos y de laicos que explotan en función política la carta del nacionalismo místico se establecen en un viejo complejo de casas, una especie de conventillo, confiscado por las autoridades a sus precedentes dueños: un verdadero *bunker*, del que infaltablemente los hombres salen con el arma en bandolera y las mujeres con escolta de soldados. "Dedican todas sus fuerzas a una cosa que desde el punto de vista religioso no tiene ningún sentido", afirma el filósofo israelí Yeshayahu Leibowitz, un hombre produndamente observador. Como reacción a tales movimientos, también se fortalecen en el país las tendencias pacifistas: movimientos de heretogénea extracción política y con diferentes planteos frente al problema palestino reclaman, cada vez con mayor pasión, el abandono de los territorios ocupados.

•••••

Cuando empieza la *intifada*, los israelíes en su mayor parte piensan que se agotará como tantas otras protestas del pasado. En cambio, día tras día los soldados se enfrentan con la inutilidad de sus acciones represivas, las que por otra parte repugnan a muchos entre ellos mismos. Se recurre a medios que en otros tiempos habrían sido inimaginables: castigos corporales, demolición de casas de gente inerme, deportaciones. Hasta se ponen en vigor algunas normas policiales que aplicaba en su época la potencia mandataria británica contra el movimiento sionista. Los comandantes militares israelíes se declaran impotentes para detener la revuelta y reclaman al gobierno iniciativas políticas.

En las elecciones del '88 los partidos confesionales obtienen en su conjunto el 15 por ciento de los votos, una proporción de peso relativo pero nunca alcanzada antes. Son cuatro, dos con posiciones elásticas respecto de la evacuación de los territorios ocupados y dos, en cambio, contrarios al abandono; todos ellos empeñados en imponer la presencia de la fe en la vida secular. "Esos grupos marginales que no se reconocieron en los principios constructivos de la democracia israelí ahora han levantado el vuelo", comenta amargamente *The Jerusalem Post*. "Frente al dilema paz-seguridad, ni Peres ni Shamir han ofrecido soluciones convincentes. Por eso amplios sectores del electorado prefirieron refugiarse en la 'metafísica' de los partidos religiosos", interpreta acertadamente el enviado del diario italiano *La República*.

•••••

Cuando en el Consejo Nacional Palestino resulta sancionada la línea de Arafat, el movimiento pacifista israelí Shalom Ajshav proclama por primera vez: "Tenemos un interlocutor: hay que abrir negociaciones con la OLP". Se multiplican las reuniones de grupos políticos israelíes con representantes de la organización palestina, incluidos algunos pertenecientes a partidos históricos del país que, en algunos casos, se oponen oficialmente a todo contacto con la OLP. En la opinión pública se superponen los interrogantes y las preocupaciones se entrelazan con la demanda de certidumbre. "El problema de nosotros, los israelíes, es que hemos terminado siendo víctimas de nuestra misma propaganda", reflexiona el mayor general Shlomo Gazit, quien en el pasado fue por un breve período gobernador militar de los territorios ocupados.

sor de la Universidad palestina Bir Zeit, de Nablus, lanza paradójicas apelaciones a los gobernantes israelíes para que anexen los territorios ocupados: en el término de pocas décadas se encontrarían en su propio país con una mayoría árabe en continuo fermento.

Todo cambia al caer la tarde de un día como los otros. *Thulathá* (martes) 8 de diciembre de 1987. Un auto que transporta a un grupo de obreros al campo de refugiados de Jabailia, en Gaza, de regreso tras la jornada de trabajo en la ciudad israelí de Ashkelon, es embestido por un camión repentinamente salido de la ruta al efectuar una maniobra errada. Mueren 4 palestinos. ¿Es verdaderamente una desgracia o, como sospechan algunos, se trata del resultado fatal de una provocación del conductor con la habitual arrogancia de los colonos israelíes de estos territorios? A la mañana siguiente, al terminar el funeral de una de las víctimas, Chaban, un muchacho de 24 años, estalla la rabia. A la salida del pequeño cementerio, un grupo de jóvenes arroja piedras contra una patrulla militar. Se difunde la noticia y, pocas horas más tarde, gestos análogos se repiten en otros lugares de la zona. Al día siguiente el ejemplo es seguido en Cisjordania. Lanzamiento de piedras, fuego a cubiertas de auto, nada de armas, rostros descubiertos. Los protagonistas son los *shebab*, los jóvenes menores de veinte años, nacidos bajo la ocupación israelí. Es el comienzo de la *intifada*.

En la franja de Gaza, los adolescentes están en su mayor parte adoctrinados por los fundamentalistas, herederos locales de los Hermanos Musulmanes del vecino Egipto: "Israel debe desaparecer totalmente de la faz de la Tierra. De sus ruinas nacerá un Estado islámico, según el deseo del Profeta", ha dicho Ahmed Yassin, líder de la organización Hamas. Pese a tales propósitos, los ocupantes israelíes les permitieron fortalecerse durante todos estos años, tal vez porque son opositores de la OLP en cuanto rechazan las hipótesis arafatianas.

•••••

La OLP toma rápidamente las riendas de la sublevación, instituye un comité coordinador clandestino, a la protesta con piedras agrega formas de resistencia civil, se encarga de compensar los perjuicios económicos provocados por el abandono masivo de los empleos en Israel y por las huelgas. La población deja de renovar los permisos de circulación; no paga los impuestos. Si bien en un primer momento hay quienes adhieren a la revuelta menos por convicción que por miedo a las represalias de los promotores, muy pronto, la sublevación se hace general a causa de la ira que provocan las duras medidas represivas de las fuerzas ocupantes (...). La revuelta prosigue si bien no pasa día sin que alguno de los manifestantes resulte acribillado por los proyectiles de los soldados. En Cisjordania renuncian los 600 agentes palestinos enrolados por la administración israelí para que vigilen el orden público entre otras formas de darle un cariz de normalidad al régimen de ocupación. "Ustedes tienen un gobierno y nosotros tenemos otro, la OLP", dice con tono muy calmo uno de los comerciantes de Jerusalén al policía que lo lleva hacia el celular por haberse negado, como han hecho todos en la zona aledaña a la Puerta de Jaffa, a abrir su negocio a la hora establecida por las autoridades. Por primera vez, los árabes ciudadanos del Estado judío proclaman una huelga de solidaridad con sus hermanos de los territorios ocupados. La *intifada* "está forjando una nación y demuestra que los palestinos están decididos a colaborar entre sí", admite —como muchos otros israelíes— Yehoshafat Harkabi, general retirado, profesor orientalista de la Universidad de Jerusalén. Un movimiento nacido inclusive como reacción de los jóvenes contra lo que en sus padres juzgaban como una sustancial inercia se ha transformado en un sistema de vida de toda la comunidad, una revuelta permanente. Y le da a la OLP la oportunidad de una ofensiva política en gran estilo.

•••••

En las casitas verdes y blancas de Cisjordania y de la franja de Gaza se festeja la simbólica proclamación de la Independencia palestina. Los habitantes de los territorios ocupados, incluido el sector árabe de Jerusalén, son aproximadamante un millón y medio. En este final de la década del 80, es fuera de la patria que vive la mayoría de los palestinos y nace su nueva y poderosa generación.



